

*Enrique Pichon-Rivière en la revista Primera Plana: la "vida moderna" bajo la mirada psicosocial*¹
Ana S. Briolotti *

Resumen

Este trabajo analiza los artículos escritos por Enrique Pichon-Rivière y Ana Pampliega de Quiroga para la revista Primera Plana, entre 1966 y 1967. Nos hemos detenido especialmente en aquellos trabajos que intentan situar las repercusiones subjetivas de la modernización socioeconómica y cultural de esos años. En ese sentido, nos ha interesado mostrar que estos escritos reflejan la tensión propia de una época en la cual los modos de vivir y de pensar más tradicionales coexistían con discursos y prácticas que los cuestionaban.

Por otro lado, y atendiendo a la coyuntura política del momento en que estos trabajos fueron publicados, revisamos una serie de artículos dedicada a dicha temática, en la que advertimos una postura a favor de la vigencia del sistema democrático. Esto confrontaba con la campaña mediática que la propia revista encabezaba, y que buscaba crear el consenso necesario para el golpe militar de junio de 1966.

Palabras clave: Argentina - Década Sesenta - Medios Comunicación - Política - Psicología Social

Enrique Pichon-Rivière in Primera Plana magazine: the "modern life" under the psychosocial view

Abstract

This paper analyses the articles written by Enrique Pichon-Rivière and Ana Pampliega de Quiroga for the magazine Primera Plana, between 1966 and 1967. We have specially focused on the articles that try to situate the subjective effects of socio-economic and cultural modernization of the moment. In this regard, we have been interested in showing that these writings reflect the tension of a time in which the traditional ways of living and thinking coexisted with discourses and practices that questioned them.

Furthermore, and considering the political situation of the moment in which these works were published, we went through some articles on this topic. We notice a stand in favour of the validity of the democratic system. This standpoint confronted with the media campaign led by the magazine itself, which sought to create the necessary consensus for the military coup of June 1966.

Keywords: Argentina - Sixties - Media - Politics - Social Psychology

*La velocidad es, sin duda, la ideología de nuestra época.
Aparece como el instrumento de dominio del espacio y el tiempo
en un intento de alcanzar el nuevo mundo donde nos veremos librados
de las frustraciones de nuestra existencia alienada.
EPR, 1967*

Introducción

Este artículo se propone realizar un recorrido a través de los trabajos publicados por Enrique Pichon-Rivière con la colaboración de Ana Pampliega de Quiroga en el semanario Primera Plana, entre mayo de 1966 y abril de 1967. La revisión de estos escritos permite ilustrar una de las vías de apertura del campo del psicoanálisis y las ciencias humanas a la sociedad, en un momento histórico caracterizado por el cambio y la necesidad de explicarlo. En relación con lo anterior, la indagación de este material pone de manifiesto tensiones y contradicciones propias de una época singular, caracterizada por el surgimiento de ciertos cuestionamientos a los valores y costumbres establecidos. A su vez, estos trabajos reflejan aspectos de un contexto político agitado, en el que se producía un progresivo ascenso de las formas autoritarias de

gobierno que culminaría con el golpe militar de junio de 1966.

En lo que respecta al autor, hemos hallado muy pocas investigaciones que profundicen en sus trabajos de esta época. En el caso de esta producción, si bien se trata de textos breves y escritos para un público amplio, su análisis no carece de interés dado que, tal como ha señalado Hugo Vezzetti (1998), estos textos constituyen una alternativa frente a los modos habituales de producción de conocimiento en el campo de la psicología social pichoniana. En efecto, al estar basados en las noticias y los hechos cotidianos de entonces sistematizan un conocimiento que no resulta de la dinámica de trabajo al interior del grupo, sino de la indagación de fuentes empíricas.

Teniendo en cuenta que los años sesenta estuvieron atravesados por profundos cambios socioeconómicos, nuestro recorrido se orientó en torno a la pregunta por

* Universidad Nacional de La Plata. E-mail: anapsic@gmail.com

el modo en que estos artículos, desde un enfoque psicosocial, intentaron dar cuenta de las repercusiones subjetivas de dichos cambios. Asimismo, nos ha resultado interesante revisar una serie de escritos en los que se abordan cuestiones vinculadas a la política, no solo por ciertos hechos relevantes que tuvieron lugar durante ese momento, sino además por las características del proyecto que impulsó la aparición de *Primera Plana* y que delineó algunas de sus estrategias en el tratamiento de la información.

La Argentina posperonista y la aparición de Primera Plana: la prensa al servicio de la modernización

En 1955, tras el golpe militar que derrocó al segundo gobierno de Perón, comenzó a gestarse en la Argentina un proceso de modernización centrado en la expansión económica y el desarrollo científico. Las universidades, organizadas nuevamente bajo los principios reformistas, comenzaron un proceso de renovación que, junto con el apoyo económico recibido por parte del Estado, dio lugar a una gran producción científica y a la creación de nuevas carreras, tales como las de Sociología, Psicología, Antropología y Ciencias de la Educación. Estas disciplinas, al igual que el psicoanálisis y las ciencias sociales en general, conformaban un núcleo de conocimientos en torno al cual se reunían los ejecutivos y los intelectuales -nuevos sectores de la clase media-alta permeables a todo lo que esos discursos tenían de "moderno" (Alvarado & Rocco-Cuzzi, 1984).

En esos años, algunos emprendimientos editoriales y los medios masivos de comunicación fueron los encargados de vehiculizar aquellos discursos científicos innovadores. En el ámbito de la prensa escrita se destacó *Primera Plana*, una revista semanal de actualidad, política y cultura cuyo surgimiento es inseparable del contexto político nacional de principios de los sesenta. La idea original de la revista había surgido luego de un enfrentamiento al interior del sector antiperonista del Ejército, dividido en dos bandos: los colorados, antiperonistas acérrimos, y los azules, que se pronunciaban a favor de una salida democrática y apostaban al progreso económico basado en la modernización. El resultado del enfrentamiento en septiembre de 1962 fue el triunfo de los azules, que comenzaron a proyectar la creación de una revista con el fin promocionar la candidatura de Juan Carlos Onganía, Comandante en Jefe del Ejército, para las próximas elecciones.

Primera Plana salió a la venta en noviembre de 1962. Se inauguraba así una época de auge de los semanarios de opinión e información inspirados en el perfil de revistas norteamericanas como *Time* y *Newsweek* y francesas como *L'Express*, entre otras. En efecto, *Primera Plana* adoptaba un estilo singular en el tratamiento de la información, retomado de la revista *Time*. Esta forma de transmitir las noticias combinaba la pretensión de objetividad con aspectos anecdóticos de los hechos o de la vida de sus protagonistas, en una concepción de las noticias como "historias" (Bernetti, 1998). Pero el perfil modernizador de *Primera Plana* no

se agotaba en este estilo informativo innovador, sino que, como mencionamos, la revista se encargaba de mantener a sus lectores al tanto de los recientes desarrollos en el campo de las ciencias sociales. Asimismo, el semanario destinaba un espacio nada desdeñable a la difusión de los movimientos artísticos de vanguardia. Por último, y sobre todo a través de la publicidad, se exhibía toda una serie de objetos cuya adquisición aseguraba la pertenencia a ese sector de la sociedad que, en épocas de democratización del consumo, buscaba diferenciarse a través de marcas u otros signos de exclusividad.

En suma, *Primera Plana* se daba a la tarea de balizar el camino que debía seguir todo aquel que quisiera estar a tono con los tiempos que corrían. Pero, además, la difusión de los nuevos discursos científicos cumplía otra función relacionada con el modo en que se vivían los cambios. Recordemos que en esa época, se hallaba en pleno auge una teoría de la modernización concebida como transición de las sociedades tradicionales -no desarrolladas- a las sociedades industriales -desarrolladas-. Este proceso implicaba una profunda crisis definida en términos de coexistencia, tanto en el plano social como individual, de actitudes, ideas y valores pertenecientes a diferentes épocas (Germani, 1968). Dicha tensión entre lo tradicional y lo moderno se ponía de manifiesto a través de una sensación generalizada de ansiedad e incertidumbre. Y era justamente este contexto, el que propiciaba la expansión de los discursos psicológicos, sociológicos y psicoanalíticos que brindaban herramientas conceptuales para entender los cambios y calmar de ese modo la ansiedad que provocaban (Plotkin, 2003). Ya hemos visto que *Primera Plana* se había encargado de difundir dichos saberes en el marco de su "cruzada modernizadora". Vémos ahora que, asimismo, estos discursos venían a dar respuesta a cierto malestar que la propia modernización generaba. Es en este contexto, entonces, en el que podemos situar los artículos que analizaremos.

Pichon-Rivière en Primera Plana: el malestar como signo de los nuevos tiempos

A comienzos de mayo de 1966 la revista anunciaba la incorporación de Pichon-Rivière, a quien presentaba como "(...) el más autorizado experto en psicosociología con que cuenta el país (...)" (Carta al lector, 1966, p. 9). A partir de ese momento, y durante casi un año, la sección "Vida Moderna" incluiría la columna de nuestro autor. Los diversos temas abordados en ella provenían de la indagación de fuentes periodísticas (diarios, radio, televisión) y del rumor de la calle. Se intentaba de ese modo dar con aquellos hechos que habían tenido especial repercusión en la opinión pública y que formaban parte de lo cotidiano. Esta dimensión de la cotidianidad, muy poco estudiada en ese entonces, era sumamente importante para Pichon que, siguiendo a Henri Lefèbvre, la concebía como expresión de un determinado orden social (Gillio, 2007). En los años siguientes, Pichon-Rivière profundizó esta línea de trabajo, lo cual se evidencia en el título elegido para el

libro que compiló los artículos de *Primera Plana*: *Psicología de la vida cotidiana*, publicado por la editorial Galerna a comienzos de la década del setenta.

Pero además de este interés por "lo cotidiano", ¿qué otras inquietudes guiaban el pensamiento de Pichon en esos años? Recordemos que, desde mediados de la década del cincuenta, sus indagaciones se orientaban hacia el estudio de la dinámica psíquica en su interacción con el medio social. Para ello, sin abandonar completamente su marco referencial psicoanalítico, había emprendido una tarea de integración teórica que incluía diversas corrientes psicológicas y psiquiátricas, así como también aportes de la teoría de la comunicación, de teorías grupales y de otras disciplinas. En 1955, con la fundación del Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES), quedó institucionalmente consolidada esta etapa de su pensamiento que Fabris (2007) ha denominado "Pasaje a una psiquiatría y psicología sociales".

La preocupación por integrar la dimensión social al ámbito de la psiquiatría, planteaba la necesidad de una investigación que incluyera el análisis del funcionamiento de los pequeños y grandes grupos en los que el sujeto se hallaba inserto. Una pieza clave en esta tarea de integración fue la noción de vínculo, que Pichon-Rivière teorizó en esos años. Este concepto permitía incluir los aportes del psicoanálisis kleiniano a través de la noción de relación de objeto, quedando así delimitado el campo psicológico interno del vínculo. A este se añadía un campo psicológico externo, dado por las relaciones del sujeto con los objetos de la realidad, expresadas a través de su conducta observable (Pichon-Rivière, 1985a). Asimismo, y a diferencia de la relación de objeto, el vínculo incluía la noción de interacción dialéctica, concepto que permitía pensar en una relación entre mundo interno y mundo exterior en la que la idea de modificación mutua tenía un lugar central (Pichon-Rivière, 1985b).

A través de este intento de ampliar el enfoque psiquiátrico, Pichon-Rivière se convertía en uno de los principales exponentes de un campo *psi* que por entonces mostraba una creciente "voluntad de integración anti-ortodoxa" (Vezzetti, 1995), procurando enriquecer el abordaje del objeto de estudio, aún cuando ello implicara cuestionar ciertos saberes establecidos.

Hacia 1966, época que coincide con su progresivo alejamiento de la APA, Pichon emprendió un nuevo proyecto: la Escuela de Psicología Social, una institución abierta que buscaba formar operadores abocados a tareas de prevención en el campo de la salud mental (Carpintero & Vainer, 2004). Además, como sabemos, ese año debutó como columnista en *Primera Plana*. "La Psicología Social" era el título elegido para su primer escrito, lo cual es un detalle significativo. Pero no solo el título evidenciaba el curso singular que había seguido el pensamiento de Pichon en esos años; el texto en sí mismo era una suerte de "carta de presentación" de la nueva disciplina. En su artículo, Pichon procuraba sentar posición con respecto a la antinomia sujeto-sociedad, que, como vimos, quedaba superada a la luz de la noción de interacción dialéctica. Esto conducía al

autor a afirmar que en el "nuevo campo" de la psicología social "(...) sólo existe el hombre en situación" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p.20, en cursiva en el original). Es claro que esto no suponía un determinismo mecánico del hombre por lo social, sino que matizaba una perspectiva estrictamente psicoanalítica que explicaba la conducta partiendo de un sujeto abstracto y ahistórico. Se trataba entonces, de un enfoque que permitía comprender cómo los cambios sociales y económicos producían determinados efectos "en el ciudadano común".

Ahora bien, ¿de qué modo, según Pichon, se vivenciaban estos cambios? Los diversos fenómenos que el autor situaba tenían como común denominador al malestar subjetivo, revelador de una sociedad en crisis. En este primer artículo mencionaba uno de esos fenómenos, la inseguridad básica, consecuencia de la incertidumbre y preocupación en torno a la propia subsistencia inherentes al modo de organización industrial moderno. Frente a esto, la tarea del psicólogo social apuntaba a restituir la seguridad social a partir del esclarecimiento de las ansiedades que la situación generaba.

En los sucesivos artículos este sentimiento de inseguridad reaparecía a modo de telón de fondo en el escenario de los tiempos que corrían. Pero surgían además otros fenómenos propios de la época que se manifestaban en múltiples contextos. En lo que sigue, volveremos sobre algunas de las escenas de esa vida cotidiana intentando reconstruir, a través de la mirada de Pichon, el panorama de una época atravesada por cambios e incertidumbre.

La pareja, la familia y la juventud frente a los cambios

Durante la década del sesenta, en la Argentina, los modelos tradicionales de pareja y familia se vieron cuestionados por ciertas modificaciones que afectaron sobre todo el rol de la mujer. Estos cambios eran producto tanto de las reformas económicas como de cierta liberalización de las costumbres, en un clima de ideas imbuido de un espíritu de renovación. Uno de los cambios significativos tuvo que ver con el aumento de la inserción de mujeres en el ámbito público a partir de su ingreso al mundo del trabajo y el estudio. A esto se sumaban otros hechos tales como la llegada al país de la píldora anticonceptiva, lo cual contribuía del mismo modo a dar a las mujeres más independencia y ampliar su margen de libertad.

Véamos qué entrañaban para Pichon estos cambios. Hemos mencionado ya la presencia de un sentimiento de inseguridad correlativo a la organización del sistema económico. Pero también, según el autor, dicho sentimiento era ocasionado por los cambios sociales a los que referimos. Todo esto producía la transformación de lo que denominaba "el engranaje social":

Una sociedad estable le permite al individuo reconocerse a través de una serie de funciones fijas, que actúan como espejos, dándole un rostro. Pero hoy esos espejos, como los de un

sinistro parque de diversiones, devuelven una imagen distorsionada e irreconocible. La confusión de roles sociales, que atañe tanto al hombre como a la mujer, la quiebra de estereotipos de pensamiento y conducta, la incertidumbre acerca de un destino imprevisible, desembocan en una situación crítica y angustiante que exige ser esclarecida (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p.38).

La idea de "funciones fijas" aludía al concepto de rol, que otorgaba una identidad al sujeto. En el caso de la familia, el autor sostenía que las diferencias que configuraban los roles de madre, padre e hijo estaban biológicamente determinadas por el sexo y la edad (Pichon-Rivière, 1985b). Es por eso que, para Pichon, la existencia de estos roles diferenciados era condición sine qua non del funcionamiento familiar. Esto lo llevaba a plantear la necesidad de mantenerlos, puesto que "Si estas diferencias son negadas o desatendidas (...) se modifica la configuración esencial que condiciona la vida normal, creándose un estado de confusión y de caos" (Pichon-Rivière, 1985b, p.58). Es decir que, bajo esta concepción "naturalista" de los roles familiares, todo aquello que los cuestionara era significado como distorsión.

Estas ideas conservadoras que sostenía Pichon-Rivière con respecto a la familia, pueden apreciarse asimismo en lo relativo a la pareja (Cosse, 2010; Plotkin, 2003). Nuevamente, la idea de roles diferenciados era pensada como condición esencial para el funcionamiento de la pareja. En su artículo titulado "La elección de pareja", Pichon se refería a la "oposición y coincidencia entre los sexos" como fenómenos que "(...) responden, pese a su contradicción, a una trama de hechos reales en los que la pareja humana funda su vínculo" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p. 102). Partiendo de la hipótesis de una bisexualidad biológicamente determinada, nuestro autor creía en la posibilidad de un "ajuste perfecto", que venía dado por un interjuego de roles en el que cada uno de los miembros de la pareja depositaba en el otro los elementos del sexo opuesto que le pertenecían, al tiempo que asumía aquellos depositados en él por su partenaire. Reaparece aquí la idea de un supuesto equilibrio natural, cuya ruptura daría lugar a la neurosis y a las diversas formas de desviación.

Este planteo tenía lugar en épocas en que los cuestionamientos también recaían sobre ciertas formas de entender las relaciones de pareja. Si bien la idea de pareja concebida en términos de unión heterosexual y estable se mantuvo en esos años, comenzó en cambio a problematizarse un ideal matrimonial fuertemente asentado hacia mediados del siglo XX, que estructuraba las identidades femenina y masculina en base a la jerarquía y la diferenciación de roles. Esto implicaba un compañerismo que no incluía igualdad en el ejercicio de la autoridad ni en el ámbito de los derechos y obligaciones, que permanecían claramente diferenciados: mujer ama de casa, esposa y madre; hombre proveedor y jefe de familia. El cuestionamiento de este ideal conyugal en los años sesenta implicó cierta

redefinición del compañerismo, que comenzó a pensarse en términos de autenticidad, entrega y comprensión profundas que permitieran la realización personal (Cosse, 2010). Y es algo de esto lo que se advierte en la hipótesis de Pichon acerca de la posibilidad de lograr un ajuste perfecto en base a la interacción de roles y a la comunicación fluida. No obstante, la realización personal a través de la pareja (al igual que el normal funcionamiento de la familia) tenía como base la conservación de ciertas diferencias, pretendidamente naturales, en lo relativo a los derechos y obligaciones de sus miembros.

Sin embargo, la postura de Pichon-Rivière respecto a estos temas no mantuvo siempre esta línea conservadora. Un interesante ejemplo al respecto es el análisis que realiza acerca de un fenómeno característico de los adolescentes de la época: la búsqueda de ídolos. Recordemos que para este autor la adolescencia, marcada por el pasaje del rol de niño al rol de adulto, constituía una de las situaciones de cambio que toda familia debía afrontar y en la que se producían modificaciones significativas en el proceso de adjudicación y asunción de roles (Pichon-Rivière, 1985b).

Para Pichon, la situación caótica a la que conducían los cambios económicos y la confusión de roles, determinaba, como vimos, la aparición de un sentimiento de inseguridad que reanimaba los miedos básicos (miedo a la pérdida y miedo al ataque). Uno de los mecanismos psíquicos que permitían defenderse de esta situación era la idealización, que designaba a un determinado objeto como "objeto bueno", vale decir, capaz de gratificar y proteger al sujeto de la amenaza de sus ansiedades básicas. Este fenómeno de la idolatría adquiría relevancia entre los adolescentes, quienes se hallaban frente a la tarea de encontrar modelos de identificación en un contexto en el cual los roles paterno y materno estaban desdibujados.

La sociedad descrita por nuestro autor valoraba todo lo relativo a la juventud y a la novedad, con lo cual la adultez y la experiencia dejaban de ser referentes. Así, al no encontrar un soporte identificatorio en las figuras paterna y materna, emergían en los jóvenes el vacío y la angustia que volvían necesaria la búsqueda de un modelo por fuera del seno familiar. El ideal se hallaba entonces en la patria, la iglesia o el ídolo de masas, figuras capaces de otorgar al sujeto el sentimiento de pertenencia a un grupo y la protección frente al acecho de sus miedos básicos. Sin embargo, no se seguía de este planteo la necesidad de restituir la autoridad basada en la experiencia. Por el contrario, Pichon no dejaba de advertir hasta qué punto esta actitud de los adolescentes tenía como contrapartida un rechazo por parte de los adultos a asumir los nuevos valores sociales: "La juventud y el presente se han convertido en el valor esencial de nuestro tiempo. La incapacidad de los que envejecen para hacerse cargo de él es otra de las causas de su eclipse" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p.149). Esta actitud de los adultos frente a los nuevos valores no era otra cosa que un indicador de la resistencia al cambio, fenómeno presente en toda crisis social y que implicaba tanto el temor por la

pérdida de una situación previa, aseguradora, como la vulnerabilidad que suponía no contar con instrumentos que permitiesen afrontar lo nuevo (Pichon-Rivière, 1985b).

En este contexto eran precisamente los adolescentes quienes, encarnando el rol de chivo emisario, denunciaban una crisis que no era exclusivamente suya, sino que afectaba a la sociedad toda. Estas mismas ideas eran planteadas por otros referentes del campo psi, tales como Telma Reza y Eva Giberti, quienes señalaban que en los adolescentes la crisis propia de la edad se conjugaba con la crisis de una sociedad que debía repensar su concepción de autoridad en pos de avanzar hacia un cambio (Manzano, 2010).

A través de estas ideas, tanto Pichon como otros autores de la época se distanciaban de toda una serie de planteos conservadores que afloraron en esos años y que sostenían la necesidad de reforzar la autoridad paterna y preservar a los jóvenes de todo aquello que atentara contra la moral y las buenas costumbres⁵. Pero lo cierto es que primó esta visión optimista que depositaba en la juventud las esperanzas de advenimiento de una sociedad moderna. En este sentido, cuando Pichon-Rivière escribía "En este momento histórico la juventud aparece como una nueva clase social que enfrenta las estructuras de un mundo adulto para señalar su fracaso" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, pp. 148-149), señalaba tanto la necesidad de reformar ciertas estructuras obsoletas como la potencialidad de esos adolescentes, cuyas manifestaciones los convertían en agentes de cambio social.

Estos ejemplos nos permiten ilustrar algunos aspectos valorativos de la lectura que, tanto Pichon-Rivière como otros intelectuales de la época, hacían respecto a los cambios inherentes a la modernización. Tal como señala Plotkin (2003), estos "divulgadores" se pronunciaban a favor del cambio sin renir con los valores culturales establecidos, logrando de ese modo una combinación entre lo moderno y lo tradicional que tenía éxito en una sociedad en la que ambas tendencias estaban tensionadas.

El grupo, entre la identidad recobrada y la violencia colectiva

La inseguridad básica, con el consecuente incremento del miedo, daban lugar a un fenómeno que Pichon-Rivière caracterizaba como una de las enfermedades sociales del momento: la pérdida de la identidad. "No sé quién soy ni dónde estoy" era la expresión que, según Pichon, reflejaba dicho sentimiento. Este malestar podía ser elaborado a través del agrupamiento, ya que mediante el vínculo con otros y la pertenencia a un grupo el sujeto intentaba recobrar la seguridad que en un comienzo había otorgado la relación con su madre. Y eran los miedos básicos reanimados los que ponían en marcha este "impulso a la afiliación", puesto que sólo podían resolverse en sociedad con otros seres humanos. Es así como, frente al sentimiento de desamparo, surgía en el sujeto la necesidad de buscar apoyo en un grupo que le asignara un nombre y un lugar, restituyéndole así su identidad.

Esto podía asumir diversas formas. Veamos a continuación algunas de ellas.

En el artículo "El consumidor" Pichon señalaba que el sentimiento de pérdida de la identidad podía subsanarse a través del consumo, fenómeno en plena expansión en esos años. Los objetos adquiridos eran incorporados al yo, convirtiéndose en rasgos distintivos de la personalidad y apaciguando la sensación de vacío. Pero para Pichon-Rivière, los actos de consumo eran además un fenómeno social, razón por la cual estaban pautados por el grupo al que el sujeto aspiraba a formar parte. Recordemos que en esa época la democratización del consumo era concomitante con el surgimiento de estilos y marcas que diferenciaban a quienes los poseían, acreditando su pertenencia a cierto estrato social. Esto habilitaba una lectura sociológica del consumo tal como la que puede apreciarse en el artículo "La moda, barómetro social", en el cual dicho fenómeno era vinculado con la obtención de poder y prestigio y aparecía como un indicador del rol y status social.

La afiliación a un partido político o a un sindicato era otra manera de hacer frente al sentimiento de pérdida de la identidad. En "El miedo al asfalto", Pichon analizaba el papel de este fenómeno en la población de migrantes, que se vio considerablemente aumentada en esa época. Ya en los años cuarenta, cuando trabajaba en el Hospicio de las Mercedes, Pichon se había percatado de las repercusiones negativas de la inmigración en la salud mental de los pacientes: abandonar el lugar de origen y el grupo familiar dejaba al sujeto desprotegido desde el punto de vista social, lo cual incrementaba su vulnerabilidad psíquica (Talak, Scholten, Macchioli, Del Cueto & Chayo, 2004). El artículo antes mencionado recuperaba estas ideas a la vez que incorporaba en su análisis variables propias de ese momento histórico, relacionadas con la precarización laboral que encontraban quienes llegaban a la ciudad y con el hecho de que la decisión de dejar su lugar de origen estuviera menos vinculada a la posibilidad de conseguir un trabajo estable, que a los atractivos que ofrecía la vida urbana (Romero, 2001). Según Pichon, estas personas que, no sin dolor, dejaban su lugar de origen tentados por la posibilidad de ascenso social que la ciudad ofrecía, encontraban allí grandes dificultades de inserción laboral y social. Esto profundizaba el estado depresivo por haber abandonado el pueblo natal y los dejaba en una situación de desamparo y de pérdida de la identidad que determinaba su marginación en las villas miserias. Aparecían entonces el partido político o el sindicato como espacios de pertenencia en los que dicho sentimiento podía ser remediado (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985).

El grupo era, como vemos, capaz de restituir al sujeto su identidad, de nombrarlo y posibilitar la elaboración de sus miedos. Asimismo, el hecho de formar parte de un grupo restablecía en él su posibilidad de actuar: "El sentimiento de pertenecer a un grupo le permite lograr identidad y superar la soledad y el desamparo, pudiendo convertir su anterior impotencia en agresión" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga,

1985, p.61, en cursiva en el original). Esto último, nos sitúa frente a otra de las repercusiones de los cambios: la violencia. Según el autor, "La violencia puede ser definida como una reacción colectiva ocasionada por la acumulación de frustraciones de individuos que, en un momento dado, por identificarse en un mismo conflicto adquieren una pertenencia" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p.90, en cursiva en el original). Es decir que, en el mismo grupo que posibilitaba elaborar los miedos y recobrar la seguridad, radicaba el germen de la violencia. Pero esta tenía como condición, además, la acumulación de frustraciones promovidas, según Pichon-Rivière, por un orden económico que dificultaba el acceso a las fuentes de gratificación y era incapaz de garantizar la estabilidad laboral. Y esto en el marco de un sistema imperialista que perpetuaba y profundizaba las diferencias entre ricos y pobres, incrementando los montos de frustración. A su vez, los medios masivos de comunicación tenían un importante papel en la génesis de la frustración. A través de la publicidad, los medios difundían un modelo de felicidad basado en la adquisición de costosos objetos, lo cual presuponía un alto poder adquisitivo. Surgía así la frustración del sujeto, al percibir la distancia que existía entre las aspiraciones que se le inculcaban y sus reales posibilidades de satisfacerlas (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985).

Vemos entonces como, desde una mirada psicosocial que hacía foco en el interjuego sujeto-sociedad, las características de la estructura socioeconómica vigente permitían explicar el incremento de la frustración que, identificación mediante, conducía a la violencia colectiva. Esta temática ocupó la columna del autor durante casi todo el mes de septiembre de 1966. En esos momentos, se producían diversas manifestaciones de repudio al gobierno de Onganía, entre las cuales se destacaba una serie de revueltas estudiantiles en la ciudad de Córdoba, desencadenadas a raíz de la sanción de la ley 16.912, que intervenía las universidades y suprimía sus principios de autonomía y cogobierno estudiantil. El 7 de septiembre, en uno de los enfrentamientos de estudiantes con la policía había sido gravemente herido Santiago Pampillón, un estudiante y delegado gremial que moriría días después.

En este contexto convulsionado, a fines de ese mes, Pichon publicaba una columna en la que el análisis de estos fenómenos de violencia social adquiriría una tonalidad diferente. Bajo el título "El agitador", el autor se ocupaba de caracterizar al líder responsable de planificar y ejecutar todo acto de violencia. Este individuo, que asumía su rol independientemente de la voluntad del grupo, magnificaba los cambios sociales deseables promoviendo un aumento de la frustración y, por ende, una reacción colectiva violenta: "Es un estratega que con mala fe incrementa el monto de frustración de la masa utilizando el rumor y otras tácticas indirectas" (Pichon-Rivière, 1966, p.49). Las causas de este accionar eran reconducidas a las particularidades de su funcionamiento psíquico. Así, el sentimiento de fraternidad que mostraba no era otra cosa que el resultado de mecanismos defensivos frente a

un monto considerable de odio y culpa proveniente de las frustraciones padecidas en su historia temprana. Algo similar sucedía con el odio que dirigía hacia otros, puesto que no era otra cosa que la hostilidad originalmente volcada hacia determinados personajes de su entorno familiar y desplazada a otras personas por la culpa que generaba. "Contradicciones internas", "egocentrismo" e "impotencia instrumental" para insertarse en la sociedad, eran algunas otras características de esa personalidad conformada en gran medida en base a los primeros intercambios afectivos con el entorno familiar.

En suma, a través de esta figura del "agitador", se realizaba una lectura del fenómeno de la violencia que, llamativamente, se apartaba de la mirada psicosocial que orientaba el resto de los artículos, en la medida en que la influencia de los factores sociales más amplios era eclipsada por una lectura centrada en la dimensión intrapsíquica. Según el psicoanálisis kleiniano, el modo como el sujeto se vinculaba con el objeto interno dependía tanto de un factor constitucional como de los primeros intercambios con el ambiente familiar. Ahora bien, de acuerdo con la noción pichoniana de vínculo, este mundo interno interactuaba con el mundo externo, imprimiendo ciertas características al modo como el sujeto se relacionaba con la realidad. Pero, como hemos visto, la idea de interacción dialéctica suponía una influencia mutua, de modo tal que, así como el sujeto actuaba determinado por su mundo interno, la realidad también influía sobre el individuo permitiendo comprender su conducta (Pichon-Rivière, 1985a). Esta lógica aplicada al estudio de una personalidad como la del "agitador" hubiese permitido pensar como el contexto social más amplio podía llegar a favorecer o exacerbar ciertas reacciones que, desde un enfoque estrictamente psicoanalítico, aparecen descontextualizadas y fácilmente asimilables al ámbito de la patología.

No podemos saber las razones que influyeron en la redacción de este trabajo, más propio de un Pichon psicoanalista ortodoxo que de aquel que buscaba complejizar la mirada sobre el sujeto, ampliando sus horizontes teóricos. Sin embargo, esta lectura de los fenómenos de protesta social constituye un interesante ejemplo que nos permite advertir nuevamente esa tensión entre rasgos progresistas y conservadores que caracterizaba a *Primera Plana* y, en definitiva, a gran parte de la sociedad. En el caso del conflicto con la Universidad, el semanario reprobó desde un comienzo las medidas represivas adoptadas por el gobierno de facto, pero su postura frente a los enfrentamientos de esos días era la de lograr una conciliación que disolviera las huelgas y manifestaciones estudiantiles (¿Qué pasa en Córdoba?, 1966).

En lo que respecta a la lucha estudiantil, la revista no la cuestionaba abiertamente pero tampoco parecía apoyarla. Es decir que la misma publicación que enarbolaba la bandera de las vanguardias artísticas y científicas, se mostraba mucho más reticente frente a conductas propias de una juventud politizada. Al respecto, Terán (1993) ha señalado que la revista proponía el modelo de un joven inconforme, aunque no

contestatario. ¿Podríamos pensar que un análisis como el que realizaba Pichon-Rivière era en cierto modo funcional a este propósito? No tenemos elementos suficientes para afirmarlo, pero es muy probable que atribuir los hechos de violencia al accionar de ciertos sujetos con una personalidad severamente afectada, promoviera una lectura de las manifestaciones de disconformidad que difícilmente las comprendiese como emergentes de un contexto sociopolítico determinado, quedando más fácilmente vinculadas al campo de la anormalidad.

Como mencionamos, no es posible saber a qué se debió el tono singular que toma Pichon en este trabajo. Pero, en todo caso, podemos suponer que dicha característica habría sido decisiva al momento de reunir los artículos en *Psicología de la vida cotidiana*, puesto que es el único escrito omitido en dicha compilación.

Política y comunicación: hacia la integración y la vigencia del sistema democrático

La columna de Pichon-Rivière comenzó a publicarse apenas dos meses antes del golpe de Estado del 28 de junio de 1966. Una de las particularidades de esta ruptura institucional fue la de haber contado con el apoyo de numerosos sectores tales como partidos políticos opositores, empresas, sindicatos y gran parte de la sociedad. Este consenso en torno al golpe se logró en gran medida a través de la utilización de la prensa escrita, sobre todo las revistas *Primera Plana* y *Confirmado*, que, gracias a su gran influencia en la formación de creencias y comportamientos (Taroncher, 2009), contribuyeron a la creación de un clima de opinión propicio para el golpe militar.

En lo que respecta a *Primera Plana*, a partir de la asunción de Illia en 1963 el ideal democrático sostenido hasta entonces comenzó a decaer conforme avanzaba la idea de la necesidad de una figura de autoridad para encauzar la modernización económica y poner freno a la amenaza comunista. Durante esos tres años la publicación fue creando un clima de opinión favorable a la intervención de las Fuerzas Armadas, a partir de la descalificación sistemática del gobierno radical y la creación de una imagen positiva del ejército (Mazzei, 1997). Entre los instrumentos utilizados para tal fin se destacan las caricaturas de Lino Palacios (firmadas con el seudónimo "Flax") y la columna política de Mariano Grondona. En sus escritos, Grondona (1966) hacía hincapié en la necesidad de un gobierno eficaz, que pudiese resolver los "grandes problemas" y que pusiera fin a "(...) la impaciencia colectiva por la inoperancia de un Estado antiguo ante un país moderno" (p.11). La concepción de gobierno eficaz que transmitía era inescindible de la idea de una autoridad firme, lo cual difería de la política de Illia, basada en acuerdos y tendiente a una descentralización de la autoridad. A los ojos de los militares, este tipo de actitudes revelaban una indecisión discordante con los tiempos que corrían. Es por eso que, ante ese "vacío de poder", era imprescindible la intervención de un líder. En ese sentido, toda la campaña de acción psicológica emprendida por *Primera Plana* tendía a crear el

consenso necesario para imponer la modernización económica por una vía rápida, es decir, a través de un gobierno autoritario (Rouquié, 1986).

Pero si bien *Primera Plana* encabezó la campaña a favor de la intervención militar, Pichon-Rivière, desde su columna, realizaba una lectura diferente. Lejos de celebrar dicha intervención, la situaba en el marco de una desviación de roles asignados que agravaba el proceso de desintegración social. En los escritos publicados durante las semanas previas y posteriores al golpe, el autor analizaba los acontecimientos políticos del momento a la luz de las perturbaciones en el vínculo comunicativo que normalmente se establecía entre la Opinión Pública y el Poder. Según Pichon, era tarea de todo gobierno democrático captar los emergentes del pensamiento del pueblo y, al igual que un psicoanalista en respuesta al discurso del paciente, canalizar las ansiedades devolviendo un mensaje esclarecedor. Esta interacción comunicativa entre Pueblo y Gobierno se daba a través de los medios masivos de comunicación, cuya fluidez y objetividad eran esenciales a fin de evitar situaciones de tensión social:

Cuando se produce un desajuste en la comunicación entre Poder y Opinión, cuando la necesidad de una respuesta informativa o de una decisión eficaz se ve frustrada por el silencio, la distorsión o la inoperancia de los organismos que tienen el poder, el hombre medio y los grupos en que se incluye experimentan una ansiedad que se traduce en el incremento de conflictos laborales, disminución de la productividad, al tiempo que cualquier hecho puede ocasionar una desproporcionada violencia colectiva (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p.64).

Pichon atribuía gran importancia a la comunicación, puesto que era coexistente y cooperante con el proceso de aprendizaje de la realidad, en el cual radicaba la clave de su concepción de salud mental (Pichon-Rivière, 1985b). Es por eso que las fallas en la comunicación, en este caso entre pueblo y gobierno producían efectos negativos en la salud psíquica de los sujetos que, al no poder aprehender la realidad para transformarla y transformarse, quedaban aislados, promoviendo así una desintegración del tejido social que ponía en riesgo la supervivencia del sistema democrático.

En este contexto, Pichon no cuestionaba el rol de las Fuerzas Armadas como auxiliares del poder a través de sus funciones de defensa exterior y resguardo del orden. Pero su opinión era diferente cuando se trataba de juzgar el abandono de dichas funciones con la pretensión de tomar el poder. Para el autor, a diferencia de lo planteado por el columnista político de *Primera Plana*, dicho accionar no solo no representaba una solución, sino que profundizaba aún más la situación de anomía. Por eso sostenía la necesidad de mantener vigente el marco institucional y caracterizaba a la intervención militar como una conspiración que aprovechaba el contexto marcado por la tensión y la

expectativa para intentar tomar el poder. En todo grupo social el fenómeno de la conspiración era índice de resistencia al cambio, lo cual presupone la existencia de movimientos que habían asumido el rol de agentes de cambio, ante los cuales surgían grupos de presión con una tendencia opuesta. La toma del poder estaba destinada, entonces, a inmovilizar la estructura social existente manteniendo el statu quo.

Ahora bien, en el intento por parte de los grupos de presión de alcanzar el poder, el uso de técnicas comunicativas era, según Pichon, un elemento clave. Y es interesante en este sentido retomar su análisis del fenómeno del rumor y su instrumentación por parte de los medios masivos de comunicación, sobre todo teniendo en cuenta que escribía en uno de los medios que implementó de manera ejemplar esta estrategia a través, por ejemplo, de la amplificación de rumores acerca de la inestabilidad del gobierno (Mazzei, 1997).

Según Pichon-Rivière, el rumor se caracterizaba por la percepción deformada de un hecho real, que se expandía a raíz del elevado monto de ansiedad que suscitaba y que, por ello mismo, era necesario depositar en otros. Este fenómeno surgía siempre en un contexto de crisis que en este caso venía dada, entre otras cosas, por la incomunicación entre el pueblo y las instancias gubernativas. Como hemos mencionado, este momento de crisis era aprovechado por ciertos sectores que aspiraban al poder para difundir una serie de rumores que les facilitarían la concreción de sus objetivos. Esto llevaba a Pichon a caracterizar al rumor como

(...) un arma en la guerra psicológica, (...) la más contundente si se la emplea en el momento preciso. Fomentar el miedo, desalentar, inquietar y deteriorar la autoimagen de una nación o de un sector son sus objetivos (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p. 50).

De esta manera se establecía una nueva red comunicativa que ya no tenía como partícipes a la opinión pública y al gobierno, sino que, de modo implícito, vinculaba a la opinión pública con los grupos que participaban en la conspiración. En este contexto el "hombre de la calle" se sentía desconcertado ante rumores contradictorios y presa de la incertidumbre que le provocaba sentir que la verdad le era ocultada. Esta situación no hacía más que reducir las posibilidades de supervivencia del gobierno democrático, consolidándose de ese modo "(...) un proceso que dará el golpe de gracia a un Gobierno aislado por el distorsionamiento de la información. Es decir, que ha sido 'jaqueado' desde adentro" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p. 64).

Si nos hemos detenido en estos artículos es para mostrar que, aún cuando escribía para una publicación que era vocero oficial del sector del ejército que derrocó al gobierno constitucional, Pichon-Rivière no dejaba de expresar su postura de defensa del sistema democrático. En total consonancia con sus ideas acerca del funcionamiento grupal, la fluidez comunicativa y el liderazgo democrático eran piezas clave en su concepción de una sociedad integrada y abierta al

cambio. Con respecto a esto último, vemos reaparecer aquí ese espíritu reformista propio de la época, a través de la idea de una sociedad indefectiblemente encaminada hacia el cambio. Pero reaparecen también las tensiones suscitadas por el surgimiento de diversos sectores reticentes a las transformaciones. Así las cosas, la solución no parecía radicar en un reforzamiento de los autoritarismos sino, por el contrario, en la consolidación del sistema democrático en base a la interacción comunicativa. En relación con esto, es interesante retomar lo planteado por Pichon en una serie de artículos que abordan la problemática de las relaciones entre países en el marco de las conferencias internacionales. Veremos allí qué rol atribuía a los procesos comunicacionales y qué posibilidades de intervención psicosocial auguraba este terreno específico.

A fines de 1966, la columna de Pichon comentaba una experiencia realizada en esas semanas, que consistió en una partida de ajedrez por computadora en la que se enfrentaron Rusia y Estados Unidos. El autor se mostraba optimista frente a la posibilidad de lograr una frecuentación entre estas dos potencias rivales a partir del desplazamiento de la hostilidad hacia el juego. Según Pichon, las relaciones internacionales se habían caracterizado hasta el momento por la intimidación. En esos años se trataba, por el contrario, de hallar formas no violentas de resolver los conflictos. Las ciencias sociales, entre ellas la Psicología Social, desempeñaban un importante papel en el manejo y la resolución de los conflictos, a partir de crear las condiciones que permitiesen en principio la frecuentación, para llegar finalmente a la conciliación entre los propios intereses y los intereses del resto de las comunidades. Ahora bien, como ha señalado Terán (1993), la eliminación de la conflictividad política era fundamental sobre todo para posibilitar el progreso económico. Por esta razón, *Primera Plana* difundía la idea de una necesaria integración entre países. Y para Pichon las conferencias internacionales tenían un rol primordial en este sentido. Sin embargo, la pobreza de los recursos técnicos con los que se llevaban a cabo hacía necesaria la intervención de las ciencias sociales, que aportarían las técnicas adecuadas para operativizarlos. Entre estas técnicas se destacaban los grupos de discusión, fundamentales para resolver las ansiedades suscitadas:

Integrar a los participantes en un grupo de tarea (operativo): señalar y resolver sus ansiedades ante la situación de cambio: (...) establecer una buena comunicación y cooperación traería la desaparición del miedo, ese gran enemigo de la integración (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p. 168).

Se reeditaba así aquella pretensión que había motorizado la "experiencia Rosario": intervenir a nivel del tipo de interacciones que dificultaban el desarrollo humano, que en este caso radicaba en la búsqueda de objetivos comunes a diversas naciones. El esclarecimiento se volvía fundamental, toda vez que las relaciones entre países tenían su punto de partida en el

carácter nacional, un esquema conceptual referencial operativo conformado por estereotipos cargados emocionalmente que justificaban prejuicios acerca de una cultura determinada. Por tratarse de un sistema fijo de asunción y adjudicación de funciones, la diferencia entre el rol asignado y el rol asumido conducía al malentendido que viciaba las relaciones entre países. Estos malentendidos reanimaban las ansiedades básicas que intentaban resolverse por medio de estrategias de eliminación del rival. Por eso la tarea del psicólogo social era intervenir esclareciendo el conflicto y promoviendo la dialéctica en espiral que, al resolver una a una las contradicciones, condujera finalmente a una actividad en común que posibilitara la paz. En este sentido, era necesario que la lucha por la independencia de los países cediera su lugar a la lucha por la interdependencia fundada en objetivos comunes. Pero Pichon no dejaba de advertir que las guerras movilizaban grandes intereses, por lo cual se trataba, entonces, de cambiar las reglas del juego: "Promover el desarrollo de un nuevo sistema social, cuyos indicios son apenas perceptibles, es la gran tarea de un mundo que aspira a sobrevivir" (Pichon-Rivière & Pampliega de Quiroga, 1985, p. 122).

Conclusión

La revisión de estos artículos nos ha permitido ilustrar ciertos aspectos de una época singular, en la cual las ideas de cambio y renovación se hallaban en tensión con muchas de las valoraciones tradicionales. Sin duda, tanto el momento preciso en que los escritos fueron

publicados como las características y propósitos de *Primera Plana*, son factores que complejizan el análisis de esta producción. No obstante, a partir del recorrido realizado hemos podido apreciar la particularidad de la mirada que Pichon-Rivière dirigía hacia la vida cotidiana de esos años. El malestar subjetivo, en sus múltiples formas, parecía ser inevitable y mostraba los aspectos menos benévolos de la modernización. Sin embargo, su superación no suponía desandar el camino emprendido. Por el contrario, se trataba de vencer los obstáculos y avanzar en dirección a un cambio social. Y en este punto la ciencia, más precisamente la Psicología Social, debía cumplir un papel fundamental: dinamizar -a través del esclarecimiento de las ansiedades- la interacción sujeto-sociedad, promoviendo así el pasaje de una adaptación pasiva a una adaptación activa a la realidad. En la posibilidad de modificación mutua que a partir de allí se iniciaba residía la esencia de un cambio social, progresivo pero ineludible.

A tono con el clima de ideas de la época, el pensamiento singular de Pichon siguió rumbos diversos que convergieron para dar cuenta de un sujeto determinado por múltiples factores, aunque dueño de una libertad que lo habilitaba para actuar sobre el mundo y modificarlo. Y su propuesta de una Psicología Social como "(...) ciencia de las interacciones orientada hacia un cambio social planificado" (Pichon-Rivière, 1985b, p. 149), se incluía en un campo científico que buscaba contribuir al logro del cambio. En suma, tal como ha señalado Hugo Vezzetti (1999), en el caso de Pichon-Rivière "(...) el hombre, la obra y su tiempo parecen encajar ejemplarmente".

Notas

1. Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación "Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata 1946-1990" (cátedra Corrientes Actuales en Psicología, Facultad de Psicología, UNLP), uno de cuyos objetivos es revisar la producción de autores clave del campo "psi", en función de un análisis crítico de los debates profesionales y disciplinares en la historia de la psicología en la Argentina y en la ciudad de La Plata.
2. Cabe destacar que si bien para esa época Pichon-Rivière había perdido su condición de didacta y no participaba de las actividades de formación de la APA, su alejamiento de la institución oficial nunca fue definitivo. En efecto, en 1971, en el marco de la renuncia de los grupos Plataforma y Documento, tanto Pichon como Bleger optaron por permanecer en la institución (Balán, 1991; Fabris, 2009).
3. Instituciones como las Ligas de Madres y Padres o la Organización Americana de Salvaguarda Moral encabezaban este tipo de planteos que buscaban reafirmar la autoridad patriarcal para enfrentar múltiples amenazas, que parecían confluir en la más peligrosa de todas: la amenaza comunista (Manzano, 2010).

Referencias

- Alvarado, M., & Rocco-Cuzzi, R. (1984). "Primera Plana" El nuevo discurso periodístico de la década del '60. *Punto de Vista*, 22, 27-30.
- Balán, J. (1991). *Cuentame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Bernetti, J. L. (1998, Septiembre). El periodismo argentino de interpretación en los '60 y '70. El rol de "Primera Plana" y "La Opinión". Ponencia presentada en el IV Congreso ALAIC, Recife. Buenos Aires. Recuperado de http://www.catedras.fsoc.uba.ar/rlevenberg/paginas/vernetti_primera_plana_y_la_opinion.pdf
- Carpintero, E., & Vainer, A. (2004). *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los '60 y '70*. Buenos Aires: Topía.
- Carta al lector. (1966, Mayo 3). *Primera Plana*, N° 175, 9.
- Cosse, I. (2010). *Pareja sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Fabris, F. (2007). *Pichon Rivière, un viajero de mil mundos. Génesis e irrupción de un pensamiento nuevo*. Buenos Aires: Polemos.
- Fabris, F. (2009). *Pichon-Rivière, irrupción y génesis de un pensamiento*. *Revista Intersubjetivo de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*, 1 (10), 11-28. Recuperado de en <http://www.espiraldialectica.com.ar>
- Germani, G. (1968). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gilio, M. (2007). *Entrevista a Ana Quiroga*. Recuperado de <http://www.Campogrupal.com.ar>
- Grondona, M. (1966, Mayo 31). *La dictadura*. *Primera Plana*, N° 179, p. 11.
- Manzano, V. (2010) *Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta*. *Desarrollo Económico*, 50(199), 363-390.
- Mazzei, D. (1997). *Los medios de comunicación y el golpismo. La caída de Illia (1966)*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Pichon-Rivière, E. (1966, Septiembre 27) *El agitador*. *Primera Plana*, N° 196, 49.
- Pichon-Rivière, E. (1985a). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E. (1985b). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E., & Pampliega de Quiroga, A. (1985). *Psicología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Plotkin, M. (2003). *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- ¿Qué pasa en Córdoba? (1966, Septiembre 27). *Primera Plana*, N° 195, 13-16.
- Romero, L. A. (2001). *Breve historia contemporánea de la Argentina (2da ed.)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, A. (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina -II-*. Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones.
- Talak, A. M., Scholten, H., Macchioli, F., Del Cueto, J., & Chayo, T. (2004). *Novedad y relevancia en la historia del conocimiento psicológico*. *Anuario de Investigaciones*, 12. Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de <http://www.scielo.org.ar/pdf/anui/nv/v12/v12a33.pdf>
- Taroncher, M.A. (2009). *La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático*. Buenos Aires: Vergara.
- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- Vézzetti, H. (1995). *Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta*. *Punto de Vista*, 54, 29-33.
- Vézzetti, H. (1998). *Enrique Pichon-Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales*. *Anuario de investigaciones*, 6. Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de <http://www.elseminario.com.ar>
- Vézzetti, H. (1999). *Enrique Pichon-Rivière: la locura y la ciudad*. *Revista Topía*, 27. Recuperado de <http://www.topia.com.ar>

Fecha de recepción: 04-05-2012

Fecha de aprobación: 02-10-2012